



Hegel

torio, trató de encontrar la postura especulativa que subsumiese y superase (aufgehoben) tales planteamientos.

La empresa de Hegel se fundamentó en la distinción entre representación y concepto; en el pensamiento del filósofo de Jena, la religión y la filosofía coinciden en cuanto a su objeto, pero mientras la una lo sitúa en el plano representativo, ligado a la tradición y al sentimiento, la otra se lo plantea al nivel especulativo, más acorde con los superiores intereses del espíritu racional. En último término, se trata de legitimar las aspiraciones de un discurso propio para la filosofía, ni puro fideísmo ni pura interpretación sociológica o histórica de cada fenómeno dogmático, por admisibles que sean en absoluto ambas posturas. De este modo, quien crea que ante una proposición religiosa sólo cabe la aquiescencia o el rechazo desde una posición determinadamente trascendente o científica, obtendrá provecho en leer textos como éste, que refrendan la legitimidad de otro discurso, el especulativo o propiamente filosófico: «El grito que desgarró la agonía de Jesús, presiente el abandono del ser finito a su propia libertad total, la entrega al hombre de una idea tan alta que él mismo que el propio Dios quiso hacerla suya. Es la idea del hijo del hombre, de un ser que procede de un esclavo o *osra*, de una naturaleza humana, que, por ello mismo, es heredera de

toda trascendencia y de toda fuerza». La especificidad de esta palabra no se resume en ninguno de los otros discursos políticos, reclama una verdad conceptual, más digna de ser llamada, en cierto sentido, libre.

Antonio Escotado no se refugia en el comentario bienpensante y respetuoso ni en la exégesis crudita: a partir de las premisas hegelianas, y según un estilo sabiamente deudor del de Hegel, pero propio, profundiza en unos temas que la obra del gran sistemático alemán sólo desbrozó. Su gran capacidad especulativa y su friamente apasionada inteligencia no demereren del tema elegido ni del ilustre mentor que le ilumina. ¿Hasta qué punto da cuenta del fenómeno religioso? ¿No se pierde en la alta especulación la peculiaridad del instante de la revelación, en el que Kierkegaard centraba su pensamiento religioso? La interpretación hegeliana está abierta a todas las instancias opuestas de lo individual e irrepetible, pese a su constante aspiración al cierre sistemático. Hegel es el gran interlocutor que nos asfixia, pero que también puede liberarnos... de sí mismo.

Aquel a quien por razones institucionales o por su incapacidad le está prohibido el pensamiento, no debe acercarse a este libro; los restantes (pocos o muchos) paladearán con él la alegría del pensamiento en marcha y situarán a Antonio Escotado en el privilegiado lugar que le corresponde en la filosofía española actual. ■ **FERNANDO SAVATER.**

El teatro de Lucas Fernández

La Editorial Escelicer ha publicado las siete obras conservadas de Lucas Fernández, seguidas de un apéndice con

las «Coplas de una doncella, un pastor y un salvaje», sobre cuya posible paternidad existen dudas.

La edición merece ser acogida con cierta mezcla de asombro y de sensacionalismo, pues, por más que se trate de un autor ampliamente estudiado en manuales de literatura, es la cuarta que del teatro de Lucas Fernández se hace en todos los tiempos. Habría una de 1514, otra de 1867, una reproducción de la primera, ordenada por la Real Academia en 1927, y esta de ahora.

De ahí el interés del prólogo de Alfredo Hermenegildo, responsable de la edición y estudioso del teatro de Fernández. Un prólogo en el que, condensando otros ensayos suyos anteriores, se sostiene y razona el «renacimiento» de

Lucas Fernández —considerado por la mayoría de los críticos como el autor tradicional, encerrado en Salamanca por oposición al humanismo de Juan del Encina—, intentando, en términos generales, destruir las imágenes que, a partir del «Auto de la Pasión» —éste sí, publicado en reiteradas ocasiones—, han presentado a Lucas Fernández como un hombre profundamente religioso y poco atento a las crisis de este mundo.

Aclara el prologuista, enfrentándose con dicha opinión, el carácter de cristiano nuevo que Fernández había heredado de su familia. Un rasgo que explica los tres tíos sacerdotes de nuestro escritor —también con carrera eclesiástica— y, en general, una actitud ostentosa religiosa

que, en gran parte, debía de responder a la necesidad de integrarse en la nueva sociedad española por los caminos más espectaculares y seguros. Lo que no excluye la presencia en sus obras profanas y semiprofanas de ciertos elementos de significación ideológica precisa, encaminados a defender la convivencia de todos los españoles sin excepción.

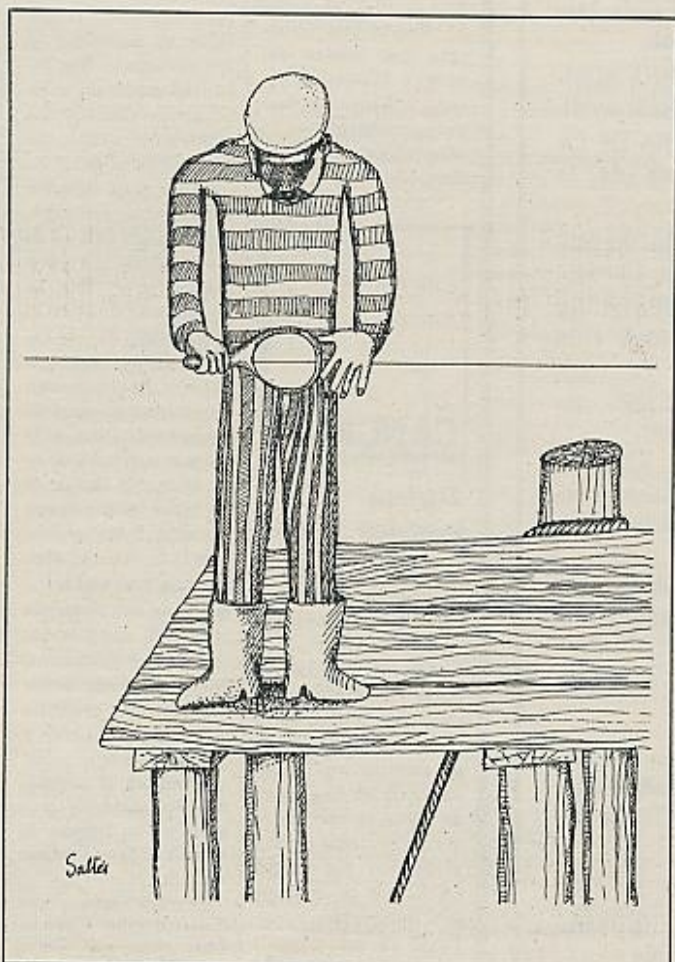
Por lo demás, es obvio que nos encontramos ante textos decididamente anclados en un tiempo que ya no es el nuestro, pero que ayudan a comprender su época y el gran proceso de nuestro teatro clásico. Sólo el «Auto de la Pasión», por su sequedad, por la violencia de sus imágenes, ha conseguido, en las anuales fechas de su tema, verse exhumado en recitales, escenarios y —hoy las

ciencias...— programas de televisión. ■ J. M.

«ACUSA»: un importante proyecto cultural

«La evolución de la sociedad industrial ha impuesto al Estado moderno, que la patrocina, la función "estandarizadora" de las obras de arte y de la cultura como productos acabados para el consumo de masas. La financiación del Estado ha "oficializado" la cultura y el arte nacional. Todavía subsisten, sin embargo, particulares mecenazgos para alimentar creaciones o difusiones de la cultura y el arte acordes, o no contradictorias, con la visión ideológica de la fuente financiera. Pero desde el punto de vista nacional, la importancia de estas iniciativas es más bien escasa, y, lo que es peor, sus manifestaciones son concordantes con las actividades fomentadas por el Estado. La cultura o el arte promocionados por mecnas individuales no difieren, generalmente, ni en orientación ni en calidad, de la cultura y el arte oficiales».

Basándose en este punto, Cristóbal Halffter, María Cuadra, Juan Antonio Castro, Carmelo Bernaola, Hermógenes Sainz, Vicente Sainz de la Peña, Francisco Heras, Ricardo Bellés y Eusebio Sempere, patrocinados por Vicente Alexandre, Pablo Serrano, Ana María Matute, Nuria Espert, Antonio Gades, Camilo José Cela, Miguel Berrocal, Eduardo Chillida y un largo etcétera, han creado un grupo promotor de actividades culturales, que, bajo el nombre de ACUSA (Avance Cultural, S. A.), pretende «abrir en España un nuevo horizonte de sensibilidad popular a través de la producción de obras, medios y actividades vehiculares del arte y la cultura». La diferencia de este proyecto con el de otras



Sallés

hace público el fallo de su convocatoria de obras de creación para la «Colección Escalada», de autores de habla castellana. El proyecto de esta convocatoria es la promoción de novelistas, ensayistas y poetas que por su calidad literaria merecen su incorporación a nuestra vida cultural.

Esta es la primera relación de obras y autores seleccionados en principio:

- «UNA DE LAS COSAS...», de Pedro Antonio Urbina.
- «EJERCICIOS DE ASTUCIA», de Pedro Provencio.
- «LOS CAINES», de Gregorio Gallego.
- «LA FUGA DE UN CEREBRO», de Raúl Guerra.
- «RAU Y SUS COMPLEJOS», de Felipe Gálvez.
- «EL EXTRAÑO PONENTE», de Carlos Luaces Saavedra.
- «HERIDAS EN EL AIRE», de Manuel Partida Carrasco.
- «MAXIMO ES UN LINDO NOMBRE», de Daniel Naszewski.
- «CALLE SANTA FE, ERA DE LA CUCANA», de Dora de la Torre.
- «VOLVER LA ESPALDA», de Guillermo Ariel Ramón Carrizo.
- «EL VIENTÓ SE ACUESTA AL ATARDECER», de José Luis Martín Abril.
- «CRONICA DE UN JUEZ», de S. Fernández Nicolás.

El martes día 14 fueron presentadas en la librería de

EDITORIA NACIONAL
Avenida José Antonio, 51
Madrid

las obras:

- «JULIO CORTAZAR, O LA CRITICA DE LA RAZON PRAGMATICA», de Juan Carlos Curchet,
- y
- «JAULA PARA UN COBARDE», de Fernando Ahumada.

empresas privadas similares estriba —según dice el programa de presentación— en que ACUSA busca «una financiación inicial que confíe más en la capacidad creadora de la actividad cultural y artística que en la significación social de sus producciones. Una financiación que se comporte, en definitiva, frente a la libertad de creación artística como frente a la libertad de investigación científica».

ACUSA quiere producir toda clase de actividades y obras culturales y desarrollar comercialmente esas producciones. Para ello, dividiendo sus actividades en cinco apartados —teatro, cine, música, literatura y artes plásticas y del espacio—, ampliables posteriormente, anuncia la próxima apertura de su local central en Madrid (un teatro-cine que llevará por nombre Margarita Xirgu), mientras trabaja provisionalmente en su local madrileño de San Bernardo, 44.

CANCION

Dylan por un «fan»

Bob Dylan, ser mítico y contradictorio, celebrado patriarca del «folk-rock», héroe de toda una generación, poeta y cantor del «paraiso americano», sufre en sus espaldas una carga excesivamente pesada: la de ser una leyenda de su tiempo, ejemplo y exponente de una generación que navega en un mar de confusiones. Interpretado y analizado en sus mínimos gestos, no es extraño

que fluctúe entre el desengaño y la euforia, entre el idealismo y el desengaño; no es extraño tampoco que a veces elija el camino de la huida, para volver más tarde a aproximarse a la realidad, a veces por caminos tortuosos. Intentar encerrar en el estrecho margen que proporcionan las páginas de un libro su compleja personalidad es labor interesante, pero al mismo tiempo laboriosa. La bibliografía existente sobre un fenómeno aglutinador de cifras tan importantes, como son las de los millones de consumidores de la llamada música «pop», es escasa y deficiente, y aún más en su reflejo editorial español.

La aparición de una nueva serie de libros sobre la materia puede llenar en una infima parte este vacío; la aparición de un primer título dedicado a Bob Dylan representa un acierto en la elección. Sin embargo, el enfoque que Jesús Ordovás, autor, ha utilizado para su aproximación al personaje, carece, sobre todo en su introducción, más biográfica que analítica, de un mínimo rigor. El «Bob Dylan» (1), de Ordovás, es un libro apasionado, un estudio casi sentimental de «fan» incondicional al que se le pidiera que hablara de su ídolo. En contra de cualquier intento desmitificador, Dylan aparece tras la lectura del libro aún más mito que antes, aún más complejo, sin que exista una guía que sirva para desenmarañar ese laberinto de claves que están presentes a lo largo de su obra y que Ordovás hace suyas, vertiéndolas al castellano y utilizándolas más tarde en un intento de aproximación al perso-

(1) «Bob Dylan», por Jesús Ordovás. Editorial Júcar, serie «Los Juglares» (235 páginas).

naje, que se denota próximo estética e ideológicamente al autor, pero lejano del lector, que tropieza con una barreira de confusión, excluido de una iniciación que desconoce. Ordovás conoce y sabe interpretar ese lenguaje dylaniano; lenguaje de los «freaks», marginados, abortos de la sociedad como él mismo los llama; pero en la traducción se hallan presentes los mismos elementos de lenguaje marginado, elementos que el autor utiliza con

rosas crisis, que siempre han llevado consigo exámenes más o menos lúcidos de la realidad que le rodeaba, llegando incluso en algunos momentos a abominar de sus etapas anteriores, sobre todo de la primera a la que, sin embargo, pertenecen algunas de sus mejores canciones. Estas diferentes crisis han ido, sin embargo, depurando su estética y perfilando las constantes de un género en el que sin duda es evidente maestro y número



frecuencia y que contribuyen a oscurecer aún más una biografía tan compleja como la de Robert Zimmerman.

El camino elegido por Ordovás pasa por la interpretación de Dylan por medio de sus reflejos más claros, las canciones, que casi siempre obedecen en su generalidad a una nueva etapa en su creador. Este camino podría haber sido clarificador en extremo, ya que las actitudes vitales de Dylan quedan expuestas con frecuencia en sus canciones, y de «long-play» a «long-play» se registran a veces saltos importantes que hablan por sí solos de la inseguridad personal del autor; inseguridad y duda fructífera a la hora de componer canciones, pero que a veces le ha empujado por caminos ambiguos en exceso. Los últimos años de Dylan han estado presididos por nume-

uno: el «folk-rock», senda por la que caminan hoy muchos componentes de la nueva generación de cantantes-autores americanos, generación muy interesante, que merecerá comentario aparte en otro momento. De estas vacilaciones que han señalado la carrera de Dylan, Ordovás da cuenta precisa en el análisis de las canciones que le han servido de referencia, pero en sus apreciaciones no se vislumbra ningún elemento de crítica; Ordovás comulga y hace comulgar al lector con todas las etapas dylanianas, con sus dudas y sus vacilaciones; el resultado es, desde luego, una obra en la que abundan las mismas contradicciones del cantante, en una apasionante identidad entre biógrafo y biografiado, por decirlo de algún modo. Capítulo aparte forman las traducciones. Aparte de ausencias im-